

FIDEL CASTRO GANO SU BATALLA

EDUARDO HARO TECGLÉN

El documento final de la Conferencia de La Habana es prolijo, contradictorio, muchas veces vago (cuidado: se trata de un juicio provisional, basado sólo en los resúmenes llegados a la hora de cerrar este número), como todos los textos de compromiso que tratan de salvar una unidad. El resultado general parece ir más allá del texto: los países reunidos —cerca de un centenar— están viviendo una situación desesperada y tienden hacia una forma de revolucionarismo. Hay unos hechos objetivos, hablando siempre en términos muy generales: a medida que el tiempo transcurre, la distancia que les separa del nivel de vida de los países desarrollados es mayor; su pobreza, más grande; la población alcanzada por la miseria, más numerosa; las esperanzas de alcanzar un nivel de vida más aceptable, menores. Es también general la impresión de que el culpable es Occidente y muy especialmente Estados Unidos. Es este grupo de naciones el que ha ejercido el colonialismo directo, el que lo ejerce de manera más o menos indirecta y, en resumidas cuentas, el que tiene hoy la riqueza que no sólo no comparte, sino que procede de la explotación de los pobres. A este punto quería llevar Fidel Castro, que en ningún momento ha renunciado a usar de los privilegios de su presidencia, ni va a renunciar en los tres años por venir, hasta la celebración de la nueva Conferencia. No estamos en presencia de una de esas presidencias protocolarias, aparentemente neutrales, de uso en las confe-

rencias típicas de Occidente, sino ante una presidencia militante y revolucionarista. Ni un solo momento ha renunciado Fidel Castro a presentar como ejemplo su propio sistema, ni como salida un revolucionarismo de carácter comunista. Ni como aliado natural, a la Unión Soviética.

Lo demás son escaramuzas. La condena de Egipto por su paz separada con Israel, matizada por la decisión de aplazar cualquier decisión sobre que sea o no expulsado del movimiento hasta 1981; el mismo juego de equilibrio con respecto a Marruecos, la cuestión de Campuchea parecen ahora asuntos secundarios, cuya importancia se refiere sobre todo al tema principal, que es el de esta desesperación de los "no alineados" y la acusación general a Occidente. Muchos han servido para llenar la noche final del sábado al domingo, con sus discusiones y sus as-

perezas. O para llenar también páginas de la resolución. La resolución admite muy bien el diagnóstico que hizo uno de los delegados del Pakistán: "La música es, como ustedes saben, un silencio roto por ruidos terminados. Esta declaración es como la sinfonía del silencio, una declaración que dice más por lo que no incluye que por lo que incluye". Sea cual sea la fórmula de su lenguaje, lo que dice es una condena del imperialismo.

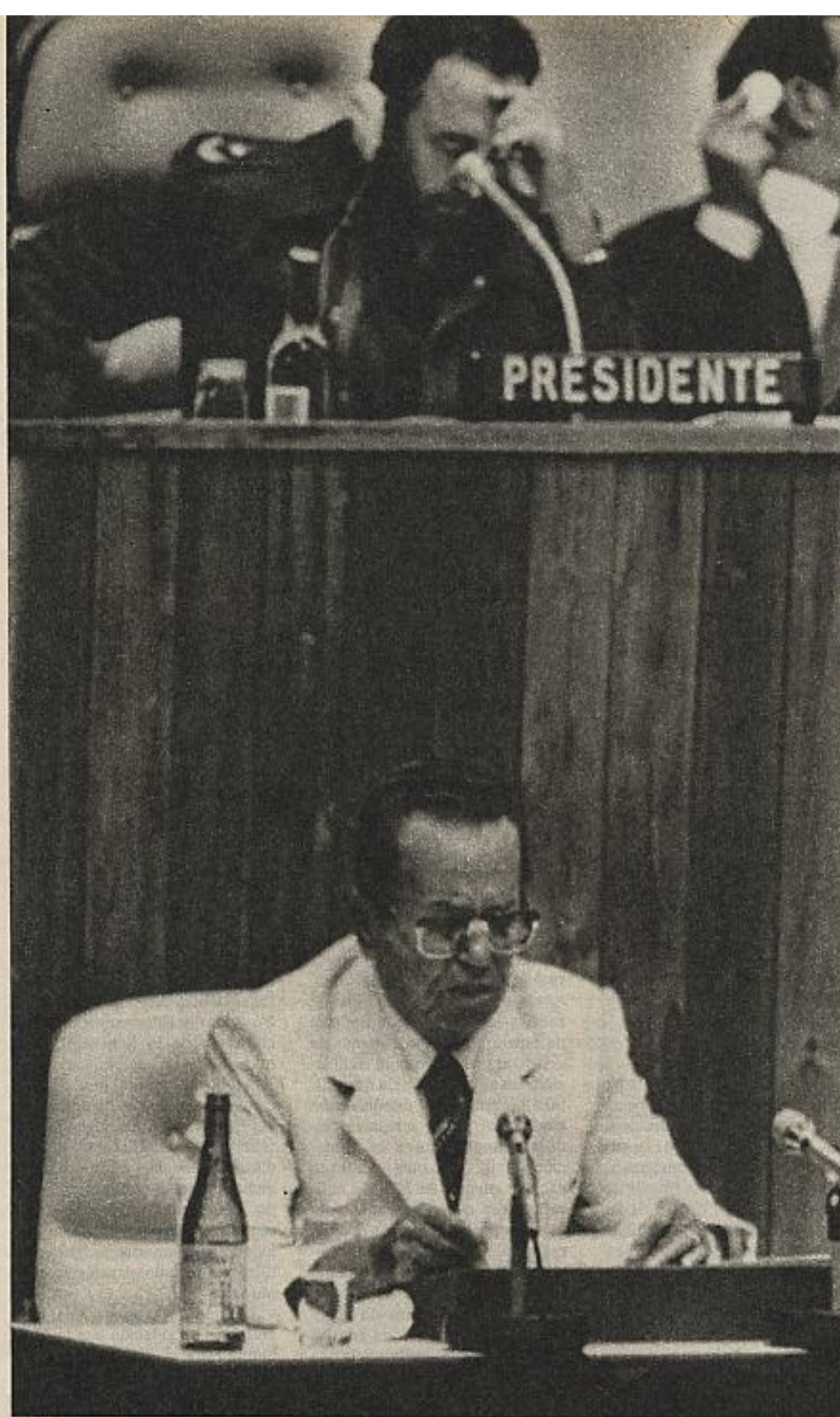
A pesar de Tito. Una forma de ver esta Conferencia es la del enfrentamiento —sin estridencias— entre Tito y Fidel Castro. Tito fue sin esperanzas, pero decidido y claro, con una fidelidad a sus viejos principios: la no alineación responde a una equidistancia entre los dos bloques. Su posición era enteramente contradictoria. No podía negar validez al régimen comunista como solución, porque

él mismo es un viejo comunista —de los tiempos de la revolución de octubre de 1917— y representa un régimen comunista; no podía negar las acusaciones contra el imperialismo y al mismo tiempo evitar que esas acusaciones no se convirtieran en una forma de acusación. Ha tenido que escuchar que le llamaran aliado objetivo de Estados Unidos y de China. Sobre todo, cuando ha acusado de falta de democracia a la Conferencia en sí: o, por lo menos, ha pedido "la estricta observancia de un procedimiento democrático" como "inalienablemente ligado al esfuerzo hecho para llegar a la democratización del movimiento de los no alineados". A pesar de las contradicciones señaladas, Tito propone —lo hace desde muchos años atrás— una fórmula muy válida, que representa su propio país: la verdadera esencia de la "no alineación" en el sentido de expulsar cualquier tendencia hacia uno de los dos bloques, de respetar las opciones de régimen interno de cada país y de representar, de verdad, una tercera fuerza. Si fue con pocas esperanzas, se ha marchado con menos. La mayoría quería escuchar un lenguaje vindicativo, quería volver a su país con alguna iluminación: era el lenguaje decidido por Fidel Castro.

El esfuerzo que está haciendo Estados Unidos para recuperar un prestigio entre los países pobres está minado por los resultados verdaderos. Es un esfuerzo retenido por su propio conservadurismo, y también por su propia contradicción: no puede renunciar a mantener

El líder de la Organización para la Liberación de Palestina, Yasser Arafat, en La Habana, habla, no sin pasión, al parecer, con el secretario general de la Liga Árabe, Alshazili Al Xotaldi.





El Presidente Tito de Yugoslavia: enfrentamiento sin estridencias.

su influencia, que es la base de su propia riqueza. Se está viendo ese esfuerzo en la progresiva democratización latinoamericana; progresiva pero lentísima y llena de prudencia y de seguridad. El hecho es que Estados Unidos tuvo un gran momento

cuando ayudó prácticamente a la mayoría de los países colonizados a salir del yugo europeo y repartió la propaganda de su propia teoría de la independencia; lo perdió con sus apoyos a las dictaduras locales, con sus manipulaciones para derribar Go-

biernos democráticos —Allende— o con sus acciones directas —Vietnam, Israel—; pero sobre todo lo ha perdido por la constatación de los hechos anotados al principio: pese a todas las Ayudas para el Progreso, a todos los fondos económi-

cos, a todas sus negociaciones bilaterales, los países pobres son cada día más pobres.

No hay pruebas palpables de que los países que hayan salido teóricamente de esta órbita o que hayan abrazado revolucionarismos más agudos hayan mejorado, tampoco, su nivel de vida. Ni sus libertades individuales y colectivas. Cabe siempre decir que esta falta de resultados obedece a que el cerco americano sigue siendo tan fuerte que no permite más que una contracción de la vida y las libertades públicas para presentarlas como sistema de defensa. Sin embargo, su lenguaje es más audible en el mundo de la desesperación que el otro: se ha desgastado menos.

Por ello, en un primer análisis, con muchas posibilidades de revisión, el resultado que se puede ver con más facilidad en la Conferencia de La Habana es, aparte de la pérdida gramatical de contenido de la expresión "no alineados", un éxito personal de Fidel Castro, un conjunto de acusaciones contra Estados Unidos y China, una satisfacción para Moscú. Lo cual no quiere decir, de ninguna manera, que se hayan encontrado soluciones reales para los países reunidos, ni para la condición general del Tercer Mundo. La ventaja posible es la de que pueda urgir a Estados Unidos hacia una política de resultados más que de palabras: a acelerar las democratizaciones y a tratar de añadir mejoras prácticas en el mundo de la miseria que puedan añadirse dignamente a las mejoras teóricas que supone la concesión de libertades controladas. Es demasiado esperar de los Estados Unidos. Probablemente domine la facción contraria a la que representa esa salida: la que sigue creyendo que los Estados Unidos son principalmente una fuerza, y que sólo el uso de la fuerza puede conservar sus privilegios. ■